

SOY LOLA JERICÓ

ALEJANDRO CÉSPEDES



Juan Ramón Jiménez



Alejandro Céspedes, **Soy Lola Jericó**

XLII Premio Iberoamericano de Poesía
Juan Ramón Jiménez 2022

SOY LOLA JERICÓ

ALEJANDRO CÉSPEDES

Juan Ramón Jiménez



Soy Lola Jericó



Alejandro Céspedes

Soy Lola Jericó

(2011-2018)

Diputación Provincial de Huelva

Servicio de Cultura

2022



© De los Textos: Alejandro Céspedes Díaz-Gutiérrez

© De la Edición: Excm. Diputación Provincial de Huelva. Servicio de Cultura

Diseño y Maquetación: Imprenta de la Excm. Diputación Provincial de Huelva

Impresión: Artes Gráficas Aspapronias

Depósito Legal: H 141-2022
ISBN: 978-84-8163-632-1

Impreso en España / *Printed in Spain*

Soy Lola Jericó

*Si me preguntáis de dónde vengo,
tengo que conversar con cosas rotas.*

Pablo Neruda¹

1 Del poema «No hay olvido», *Residencia en la tierra*.

EL PRIMER INSTRUMENTO

EL GOLPE DEL TAMBOR

SOY Lola Jericó, un instrumento,
una niña que llega del colegio a su casa
con las alas rotas, meada,
empapada en sudor,
de la boca le rezuma espanto,
una muñeca con ojos artificiales
de alta tecnología, un títere seco
—híbrido de chatarra y trenzas postizas,
sepultado en el vientre de la madre—
*girando en círculos entre la carne y la madera*².
 Por dentro de mis ojos
 hay un silencio que escuece.
 Y tengo que ponerme a hacer «deberes»:
 recolocar los huesos partidos de los sueños.

En su impotencia para restituirse
 una máquina reza al dios de los mecanos.

² El texto en cursiva pertenece al libro de Pepa Pardo *Mamá y las enciclopedias de arte* (Madrid. Los Libros del Mississippi. 2022)

S IEMPRE he sido una sombra inconsistente
a quien el cuerpo de una niña
perseguía sin tregua.

Procedo de esa estirpe de mujeres
que no han tenido padre
por voluntad propia.

EL abandono es únicamente el espacio que crece
entre lo que se fue y lo que se queda.

Experta en celebrar cualquier derrota,
cae una guillotina
sobre un charco de nieve.

A veces prefería su brutalidad.

Mi carne era capaz de perdonarlo.

Pero cuando no dejaba

ni una sola fisura

donde pudiera ocultarme,

cuando calzaba sus botas

para pisar con más intransigencia,

cuando impedía a otro tiempo

y a otro espacio

recomponer la arcilla

con la que fue amasada mi paciencia,

no podía...

No podía.

Ahora ya consigo que la suma

de todos mis pedazos

vuelva a producir un número concreto.

Las heridas gotean sin nostalgia

sobre el inicio de toda quebradura.

LE conmueve el tormento.

La frigidez le excita.

Besos de carnicero

por delante del filo

justo cuando la tabla se hace astillas.

—Qué mejor que abrasarse sobre las propias llamas,

le repite la sombra a aquella niña.

U N día me preguntaron y por fin lo solté.
Les dije que era la personificación de todo lo que odio.
Así, en abstracto.
Luego me sugirieron que fuese más precisa.
Les dije que olía mal y que escupía,
que comía como un cerdo atragantado,
que retorció el cuello de los pájaros
que no habían muerto ya bajo sus perdigones,
o que los dejaba agonizar
colgando del cinturón de los cartuchos.
Recuerdo aquella sangre
en la pernera izquierda del pantalón de caza.
Era indeleble.
Nunca hubo manera de quitarla
por más que se lavase una y mil veces.
Me obligaba a mancharme
las manos con la sangre
de esos pequeños dioses inocentes.

No había términos medios
en lo que les decía a mis oyentes.

Todo fluía de mí igual que una riada.
Eran... sensaciones ambiguas y pastosas
o recuerdos muy nimios y precisos,
como fotografías que cuando pasa el tiempo
una ya no se acuerda dónde estaba
o quién las hizo.
Quizá la energía del odio
no sea fácilmente definible...
Me di cuenta
de que estaban saliendo de mi boca
un cúmulo de frases
que me había entrenado en no olvidar.
Todo lo demás lo había borrado.
Y salían sin tregua.
Incluso para hacerlas más reales
imitaba el sonido de su voz
al citar algunas frases literales.
Lo que más aborrecí fue su miseria.
En ese odio gasté mis energías.
No era una miseria
que se definiese únicamente en lo económico.
No.

Ese era solo el síntoma
de una sordidez cósmica, les dije.
Él era un sumatorio de barbaries.
No eran muchas las conductas humanas
que se podían hallar en aquel cuerpo.
Hablaban, sí.
Se movía sobre dos extremidades.
Tenía ojos, pero las manos eran
ásperas y feroces,
como los instrumentos del desgarrar,
y su forma de hablar se parecía
a aquella lavadora que teníamos
—con una pieza suelta— cuando centrifugaba.
El proceso de darle forma humana
fue incompleto.

Cuando me fijé en los ojos atónitos
de aquellos que tenía enfrente
me hice en voz alta esta pregunta:
¿Qué vería mi madre en esa bestia?
«Para él yo solo era un orinal» —decía.

C ONVIERTE cuanto hago
en una representación que se repite.
Yo soy una armadura vacía que se mueve
con gestos aprendidos.
Desgaja los momentos que sirvieron
para armar el esqueleto de mi vida
y toma las medidas de sus ángulos.
Los pesa en dos platillos divergentes
que cuelgan sobre el fiel de su mirada.
Se encarama al estrado con su toga
y sus labios se mueven sin palabras.
Su voz viene de atrás, desde mi infancia.
Sigue el rumor sobre sus labios mudos,
me apunta con el índice y esa voz me persigue
y cuando ya no puedo soportarlo,
me deja que repose
y me ofrece el vacío de sus brazos.
Pero al cerrar mis ojos, deja caer sus piedras
y escora la balanza en su provecho.
Dirá que está jugando a que no es ciego.
Siempre encuentra la forma de hacer trampas.
Y será inevitable.
Caeré.
Cada noche la misma pesadilla.

DE tanta negación,
de tanto olvido,
de tanto ir y venir
sobre los mismos cauces
queda un regusto a polvo
que va depositándose en las branquias
y termina asfixiándome.
He de vivir tan instantáneamente
que se me vuelve inútil la memoria.
No consigo seguirme tras las huellas
que dejé en el espejo.

Solo soy luz pisada.

Si el hombre es la medida de las cosas del mundo
¿por qué vivo en un tiempo que es siempre
«todavía»?

Hay vidas que parecen
hechas para un catálogo de infartos.

A veces tengo sueños que se cumplen.

Hoy soñé que, por fin, mi hermana estaba tranquila
mientras yo la peinaba.

Lo único extraño era
que había mucha gente en casa.

La noche usa colmillos
para alumbrar a veces.

Pero sé que me acecha
el sol, sus quemaduras.

Hay acontecimientos en el mundo
que tan solo conocen los caminos de ida.

LO soñado se infiltra
por capilaridad en lo que vivo.

No quieren que lo sepa. Ellos ignoran
que en mi sueño de anoche lo vi todo:
habrá una niña muerta encima de la cama.
Les digo que yo tengo que peinarla,
que así ha sido en mi sueño.
¡Solo tiene seis años! –les digo entre lágrimas.
–*Alégrate* –me dicen–,
tu hermana se ha marchado a otro sitio mejor.
Les respondo que en cualquier otro sitio
le habría ido mejor, ¡menudos ánimos!

Todos me besan, todos pasan sus manos por mi pelo.
Les digo que el mundo para mí, tras este día,
será el de la muñeca de una caja de música.
Alguien perdió la llave y ya no suena.
Cada vez que se abre,
hay una bailarina ridícula de plástico
condenada a mirarse en un espejo
en mitad de un patético silencio.

LOS espejos actúan. No sufren, solo fingen
el dolor que parodian y reflejan.

Una verdad bastarda anida en ellos.

Si la verdad navega en un espejo
el reflejo se arriesga a ahogarse en su horizonte.

T ODO cristal ansía

dividir lo que existe en dos mitades.

Tú estás dormida dentro de la caja

y yo fuera mirándote igual que en nuestros juegos.

Toda la incompetencia de este mundo conspira
para que la muerte siga entretenida.

Hay veces que hasta el tiempo
se considera póstumo a sí mismo.

Solamente el futuro ha aprendido a esperar
sin tener aún remordimientos.

EL silencio celebra las huellas de nuestro exilio.

Se yergue ante nosotras como la resonancia
de lo que ya se ha ido.

El vínculo con aquello que se ama
se forma en una lucha cuerpo a cuerpo
entre dos seres
que se resisten a desaparecer.

Somos la rebelión de un algoritmo,
pero en cada uno de ellos
se esconde una alimaña impredecible.

FLORECE el abandono y se alimenta
de la raíz que aún queda en lo perdido.

El fondo se diluye,
el contorno se ahoga sobre el sepia
en las fotos de aquellos que se mueren.

¿Qué hay verdaderamente
entre lo que ya no está y lo que aún no está?

UNA muñeca enferma va entornando los párpados
al caerse de espaldas.

Parece que se duerme
mientras le estoy hablando,
pero todas sus repuestas silenciosas
son lamentos en busca de un oído.

Hasta los muertos sufren esa melancolía
de las cosas que están inacabadas.

El silencio se huele,
el dolor sabe a pólvora quemada.
Al frente hay un vacío inabarcable.
Los espejos contestan con imágenes ígneas.
Palabras desechadas se amontonan
en míseros retretes
en los que hasta la muerte tiene prisa.

A veces me veo a mí misma
nadando en medio del mar hacia una isla
que esa otra que también soy yo
ni ve ni sabe que existe.

Ha ocurrido un error en el sistema.

El programa no responde.

¿Finalizar ahora?

¿Enviar informe de errores?

La palabra es espacio
cuando el tiempo nos muerde en la escritura.
La escritura es un eco en un espacio
que nunca ha conocido otro silencio.

*¿Qué interés podrá tener todo lo que se ha escrito
cuando por fin el mundo quede en calma?*

Soy la superviviente del penúltimo error
del último disparo.

Y O sé que en otra vida
fui modelo de Rembrandt
cuando pintó su cuadro
Buey desollado.

N I siquiera soy dueña de mi propia edad.

La edad es la licencia
que nos dan los relojes.
Ellos me dieron cuerda.

Tic tac

tic toc

toc toc

tóc-ame

ame

amé

amen

amén

Ellos la paran.

Recuerdo aquella vez que me contaste
que, en el tenis, a golpear con el centro del cordaje
(con el corazón de la raqueta– dijiste exactamente)
se le llama un «golpe dulce».

HAY veces que los días tienen nudos.

DENTRO del corazón de cada nudo
hay otro nudo que está intentando apretarse.

DENTRO del corazón de cada nudo
hay otro nudo que está soñando aflojarse.

ESTUDIO cómo hallar esa materia
que utiliza el cerebro
para grabar en mí sus aguafuertes.
¿Cuál era la sustancia
del sol sobre las manos?
¿De quién eran las manos?
¿A qué olieron más tarde las caricias?
¿Cómo se introdujeron por los poros
y llenaron la vida de artificios?

¿Dónde está aquella piel?

Quiero volver.
Quiero saber si tuve esos recuerdos.
Hacer fotografías del espacio
indigente, invisible,
que forman dos neuronas
al extender sus dedos
para pedir limosna en la trastienda
revuelta de mi frente.
Quiero hallar la medida de mi nombre.
Averiguar por fin si existí realmente
o siempre estuve allí,
o aquí,
y todo
es esto.

U NA chiquilla sueña que está recolectando
los restos de unas casas calcinadas,
así luego las madres de los desposeídos
podrán parir en ellas sus cenizas.

No sabe que construye los cimientos
de otra hoguera más grande en otro sueño.

EL SEGUNDO INSTRUMENTO

REDOBLE DE TAMBORES

Y O soy esa persona que responde
cuando omiten mi nombre.
La voz que escuchan todos cuando callo.
La materia que da cuerpo a mi sombra.
Un desorden extremo que no teme al abismo.
Sobredosis de orden, igual que toda ruina
yo soy el resultado y la respuesta
de la imaginación de su arquitecto.

Al fin en su agujero,
pastando en el error se satisfacen
el dentro y el afuera.

Aquello que está delante
es siempre un territorio inalcanzable.

ESA dualidad de lo que soy
y que se muestra en las cosas intangibles
arrasa todo atisbo de esperanza.
Esa dualidad que al ocultarse
me muestra,
me describe,
me enfrenta con lo que ya no soy
y lo que soy,
se desnuda y se vuelve tan ridícula
en su obviedad siniestra...,
quiere dejarse ver
porque no es nada.

Dicen que decía Einstein que la luna no existe
cuando nadie la mira,
a lo mejor por eso
decidieron llamarla Luna Nueva,
la vieja, igual que yo, está demasiado vista.

S OY yo

quien con todas sus fuerzas
va a gran velocidad contra la flecha.

La alcanzo

y la escondo dentro de mi cuerpo.

¡Cómo se defiende de mí!

¡Cómo al fin me derrota!

Tengo que aprender a protegerme
de mí misma.

ME roba lo que miro.

Construye con ese material mis pensamientos
y ya no los distingo de los suyos.

Alguien dentro de mí
me está pensando.

Soy un cuerpo escondido en la maleta
de un ilusionista callejero.

ALÉJATE de mí.

Alguien que no soy yo está ahora mismo
planeando cómo hacerte daño.

ALGUIEN dentro de mí repara los destrozos
que me han hecho las otras que me habitan.
Así podrán mañana
volver a descoserme las suturas.

ALGUIEN dentro de mí se empeña en que me odie,
en que ahora tenga celos de mí misma.

ALGUIEN dentro de mí llora por mí
hoy que precisamente estoy tan triste.

Ya no cabemos tantas dentro de mi cuerpo.

NO os reconozco. Habéis crecido,
y aunque vivís de mí, algunas veces
aumenta de tal forma vuestro orgullo
que me salen ampollas
en cualquier parte visible de este cuerpo.
Intentáis ser corpóreas para el resto del mundo.
Yo sola no os basto.
Los médicos no saben
cuál es la procedencia de mis pústulas.

V OY al fisio solo por constataros.
Únicamente él os reconoce.
Os descubre escondidas
bajo mis contracturas.

Por fin alguien me cree.

H OY partí el cráneo al tiempo,
hoy he dado la muerte a una cerámica,
he roto el esqueleto de este tarro de vidrio
y torturé a tres huevos, tres ajos, dos tubérculos...

Y todos me decían que hubo un tiempo
en el que, igual que yo, tuvieron nombre.

He quemado las fotos de mi madre.

EL TERCER INSTRUMENTO
LA PAUSA ENTRE DOS TAMBORES

*Lo que no tiene la música brasileña es conciencia crítica.
Los tambores son muy lindos. Pero es más tambor el silencio
que va de un tambor a otro, la pausa —no la paz— entre tambores.
Ese silencio es conciencia.*

Eduardo Milán

LA belleza tiende a la timidez generalmente,
es humilde y no grita. Otras veces estalla
en su esplendor con una luz oscura.
Así es el mundo, nos ofrece fugaces
y afónicos destellos de belleza
que hieren cuando estamos
lo suficientemente en calma para verla.

Esa luz amarilla, luz oscura,
es silencio de fondo, alumbra los disfraces
que usamos cada día para reconocernos.
Y lo que queda es polvo
de un aire deslucido.

Las que andamos en cosas como esta
 (intentando echar fuera
 aquello que por dentro nos acosa)
 siempre vamos a tiendas,
 buscamos acertar en lo que hacemos,
 sea en mármol, papel, trozos de tiempo,
 soledad carcomida...

Soy como esa paloma ahogándose en el suelo
que aspira la calima ardiente del asfalto.
Madrid hoy no perdona,
pero esconde en sus llamas la belleza y la muerte
como un gas que llenase de pronto los abismos.

SE acercó a preguntarme si le daba fuego y fumamos y hablamos y follamos.

—¿Cuáles son tus niveles de humedad?
(me preguntó haciéndose el gracioso).

Le respondí: averígualo.

Y fuimos al lavabo y se sació
de un olor a champú con aceite de almendras.
Supongo que creyó que era más fácil
dejarme a mí saciada.

—Lo siento, tío, si quieres hervir aceite
necesitas el doble de grados que para el agua.

¡Qué idiotas sois los hombres cabreados!

—Segundo round —me dijo—, pero esta vez en mi casa.

—Viniste como gorda en tobogán,
con tooodo —me confesó en la cama.

—Y tú como galán de balneario —le dije.
(Esto se lo había escuchado a Teresa Zerón
en una taquería de Barcelona).

Nos reímos, puso sus labios dentro de mi oído
y dejó para siempre allí estas palabras:
–Vas a ser mi chulita.

Cuando llegué a mi casa y me quité la ropa
brotó sobre mi piel
la floración de todos sus cigarros.
Un olor a tabaco
del que ya no sabría desprenderme.

–Voy a ser tu chulita, güey –estuve repitiéndome
en silencio
hasta que amaneció.

Hay palabras que quedan esculpidas
en mitad de la córnea.

Borrar en un espejo
se convierte en tarea inacabable.

T RATÉ de inaugurar sobre su cuerpo
 los mismos gestos que había repetido en otros
 solo para que creyese
 que estaban siendo en él recién nacidos,
 y que tampoco yo los recordara.
 Intenté que no hubiera entre ambos nada
 identificable.
 Que todo fuese nuevo.
 Que yo viera en sus ojos y él también en los míos
 ese brillo inicial y primitivo
 que hace que lo agotado por el uso
 nos parezca inventado en cada instante.
 Perdidos uno en otro nos juramos
 memorizar las rutas que abrimos en la jungla
 de nuestros propios cuerpos.
 (Deslices que una tiene
 cuando ya va muy puesta de progesterona).

Ahora solo le observo. No le toco.
 Pero mientras él duerme extendido a mi lado
 el guardián de los días nunca deja
 lo que puede hacer hoy para mañana.
 No quiere que yo olvide que mi tiempo
 tiene que obedecer sus mandamientos
 y debe comenzar a desconcharse.

Una esperanza póstuma se apaga
 entre la leña de un cerebro en llamas.

SIGUES sobre la cama, casi inerte,
arrogantemente flácido,
orgullosos de ti porque has podido
correrte varias veces.
¡Pero cielo, si no eres más que otro acuífero
que muere sobreexplotado!

El orgullo se ceba
con estos diminutos espectáculos.

CALOR, sofoco, previsión de lluvia.

Esa noche volaron las hormigas.

Me lanzó su pregunta y cada letra
atravesaba todo cuerpo sólido.

—¿A qué llamamos rápido? —dijiste.

¿A qué velocidad se mueve el tiempo? —dije.

—La luz, ya lo sabemos —respondiste.

A cuatro mil kilómetros por hora,
a cuatrocientas horas por minuto,
a cuarenta miradas que se cruzan,
a dos líneas de metro,
cuatro estaciones más...
y estoy llegando.

—¡Venga ya, cuelga el móvil, no seas tonto!

SOMOS *espacio y tiempo* –me dijiste–, *el aquí y el ahora*.

Y yo corrí detrás de *aquí* y de *ahora*
pero no conseguí llegar ni retenerlos.

A aquello que no es
o que ya ha sido
se le otorga un valor
que no le corresponde.

–Dame tiempo –dijiste. Sois tan tópicos...
No sabes que la aguja del reloj que nos une
es guadaña que siega mientras gira.

Tan demasiado tiempo para que el tiempo aguante...

ME gustaría robar el corazón a los autómatas
y luego fabricar un reloj impredecible.

Así tal vez los años irían consumiéndose
sin tener un guion al que agarrarse.

Al principio en noviembre,
y después en octubre o en septiembre...,
o que agosto durase todo un siglo,
o que mientras follamos nos muriésemos.

Así hasta que el tiempo se despiste,
así hasta que al fin pase de largo
y no nos haga ingratos los recuerdos.

Invádeme tú a mí que me conoces, tiempo.
Véngate en mí de todas tus miserias.

SUS manos configuran mis volúmenes.
Dibujan los contornos de mi carne.
Me dan forma y ocupo un espacio tangible.
Pero no sé si existo...,
si lo que soy lo marcan esas líneas
cambiantes e invisibles,
si son esos vectores los que hacen
que yo sea un espacio ante sus ojos.
Va dejando en mi cuerpo sus huellas dactilares.
Pero nadie me ve. No las ve nadie.
No existo,
o existo únicamente
si decido creer en esas manos
mientras tejen alrededor de mí,
igual que una crisálida,
esta hermosa mortaja transparente,
porque solo he aprendido a medir la distancia
de aquello que ha quedado
entre lo que se fue
y lo que no ha venido.

MATAS por omisión.

Todo tu cuerpo engulle esta materia
que aún me reconoce como suya.
Tú eres tu palabra y mi silencio,
solo aire que se expulsa o que se inhala
y mientras, la existencia,
entre esos dos fenómenos vitales,
como único testigo de sí misma.

Hay besos que son vómitos de hielo. Sin embargo,
ya nos acecha el sol, sus quemaduras.
Lo que ya no está en ti mientras te mueres
no logrará la paz en mi recuerdo.
La muerte es un ingenio
que no acepta ningún significado.
A lomos de su mundo,
la vida fue una idea irrelevante.

Es desde la conciencia de la pérdida
donde suele encontrarse aquello que no se busca.

LA existencia se oculta tras los nombres,
pero también las pérdidas
se disfrazan con nombres.
Todo lo que no existe y lo que existe
ansía ser nombrado.

El silencio celebra las huellas de tu exilio.
Se yergue ante nosotros como la resonancia
de lo que ya se ha ido.
Lo que siempre pensamos imborrable
anhela ser tachado
para volver a ser impredecible.
Florece el abandono y se alimenta
de la raíz que aún queda en lo perdido,
la soledad a veces siembra ortigas
debajo de los párpados.

Enterrada hasta el cuello en tu silencio,
con mis propias palabras me lapidas.

MUDO de piel y en los desechos quedan
los huecos de otras vidas igual de malogradas.

No quiero despertarme de este sueño,
pero es que su recuerdo
cae sobre mi cama
igual que un sonajero.

Más que la soledad duele el silencio,
porque se nutre de él la lejanía.

Cada vez que me miran, los espejos que miro se vacían.

MIENTRAS nos alejamos
vemos a nuestros ojos esperándonos
y al cadáver de aquel último abrazo
caminar por la vía.

Son caminos idénticos el que va y el que vuelve.
Ir o venir
es solo la ilusión del caminante.

Me lleno con las cosas que me faltan.
Como el agua me ahogo debajo del aceite.

Amantes despechados se dan cita
en el *Estudio de tres manos* de Durero.

En los ojos del pájaro
se va diluyendo la incredulidad.
El aleteo
salpica con su sangre a los que observan.
El pájaro no sabe que puede existir aún más dolor.
Quienes lo miran sí.
Inconcebiblemente,
piensas echarme alcohol
sobre los agujeros de tus perdigones.

Todo es colateral al estallido
que la metralla crea al dispersarse.
Colateral tullido,
colateral cadáver.

«Para burlar a la muerte...»
No hay ninguna otra frase
que a la muerte le cause mayor risa.

Un animal expira
y su aliento desata una tormenta.

HAY miradas que a veces son el cero
que amenaza las multiplicaciones.

Somos números primos en un baile de cifras.

Somos dos bodegones,
naturaleza muerta.

Cuerpos que no se entierran,
se enmarcan y se cuelgan para que nadie olvide,
igual que las cabezas de los ciervos.

AHORA, que has terminado de correrte, este granizo
que acribilla la chapa de tu coche
me parece metralla de una triste derrota.

Ecos de otro estallido que se entrena
en fabricar pasados innombrables.
Sin embargo, hoy es hoy, el futuro,
y no me importa herirme
con cualquier otro cuerpo
que se meta en mis brazos.

LA lluvia que te trae quiere entrar en mi casa
y en su impotencia llena los charcos de tristeza.
Pero sé que no estás,
hay cierta claridad que vive en el engaño.
La mentira es hermana del recuerdo,
se ofrece como los buenos regalos:
con su hermosa envoltura embaucadora,
y a la verdad le sucede
lo mismo que a ciertos pájaros:
se muere en cautividad.

No encuentro en qué creer.
Hoy los pájaros no dejan ver el cielo,
pero sigues lloviendo, aquí, a mi puerta.

Cae o cayó, la lluvia es una cosa
que sin duda sucede en el pasado.

J. L. Borges

C AE

o

cayó...,

pero sin mí no es visible.

Requiere lo corpóreo para manifestarse

y únicamente existe

cuando se fija a mí para mostrarme.

Es una extraña cinta de medir, desmemoriada,

que nunca deja tiempo

para grabar el nombre de las cosas.

Todo ha de repetirse, repetirse.

Miro hacia atrás.

Espero.

¿Cómo sé que esta lluvia

regresará mañana?

¿Qué sed ha de servir

para esta agua?

NO decidas por mí.

Aunque conozcas cómo se conjuga
cada forma verbal de mi materia.

Aunque sepas nombrar
lo que me aguarda.

O no.

Decídelo tú todo.

Y que no haya sorpresas.

Decídelo tú todo,
que después no tenga yo que desdecirnos.

ME has atado las manos a la espalda.

Tú me das de comer.

Me acercas a los labios la cuchara.

Las moscas se alimentan encima de mis pechos
con todo lo que cae y tú no limpias.

Aquí te vas pudriendo,
tan cerca de mi olfato.

Nos cerca la desidia
con su insensato olor de animal muerto.

Ojalá fuésemos barcos.

El fondo de los mares es el cielo
de los barcos que mueren.

Allí la pestilencia nunca huele.

A SPIRA a lo solemne el volcán que se inmola.

Nunca se quemó nada en nuestro fuego.

La hoguera que encendimos nos esquiva.

Los hornos crematorios

entregan las cenizas envueltas para regalo.

Ya vienen de mi madre estos empeños

en mezclar la ceniza de los nichos.

LO que ocurre en los bordes
tiene que ser el centro para alguien.

La periferia es....
lo reconozco, sí,
tú puedes verlo todo
pero no cambiar nada.
Eso marca el principio de mi desolación.

El hambre es quien empuja
al pez contra el anzuelo.
Mi condena y la suya son opuestas.
Yo respiro ese aire que a él le asfixia.

Hace ya mucho tiempo que un recuerdo
me observa boquiabierto en la pecera.

NUESTRO tiempo gotea
su sangre poco a poco,
nos mancha, nos iguala
y nos hace verdad en la mentira.
Tú sigue vigilándome si quieres.
Yo aprenderé a ser fiel a los espejos.
El tiempo, en definitiva,
no tiene otro objetivo que humillarnos.
El óxido no duerme.

¿Qué pasa con la tristeza que se da por satisfecha?

Tu luz solo publica noticias del pasado
sobre un metal con óxido que sangra.
Luego deja su olor irrespirable
detrás de cada sueño no enterrado.
Pero ahora encuentro más nobleza
en la melancolía
que en la reconstrucción del deterioro.

N O sé si somos dos.

Si alguna vez lo fuimos.

La suma de uno y otro

nunca ha dado un número real.

Cada uno dividido a su manera

por una extraña herida

que vive entre los dos y multiplica

este vacío que a los dos nos llena.

Es verdad que el recuerdo

habita en un presente desnutrido.

EL amor es un regalo que se estrena
con la misma ilusión de aquel primero,
pero tienes razón, vivimos
entre dos bastidores de mentiras.

Aquí sigue lloviendo.
Es como estar mirando
por detrás de unas gafas de ceniza.
Están todos los árboles mostrando ese fervor
que tienen a la vida en estas fechas.

Piedad y frustración..., todo un océano
hay dentro de las cosas que me dices.
No habrá mejor ejemplo
de que la vida pasa y nos traspasa,
siempre tangencialmente, sin importarle nada.

Tus WhatsApp son relojes
que llegan a destiempo,
como un tren de juguete
que da vueltas y vueltas
por una vía en círculo
con las mismas razones
para descarrilar,
seguir o detenerse.

Cada vez que te escribo
me pongo melancólica.

Me dices que las cosas
siempre pasan por algo,
pero yo no lo creo,
ni «al pasar» ni «a las cosas»
les importa una mierda
nada de lo de nadie.
Las cosas se colocan a empujones
donde quieren estar.
A veces por pura inercia.
Y las comprendo, créeme,
demasiado tumulto en hora punta
y poco espacio...
Pero tengo paciencia,
esa palabra mágica para que las cobardes
permitamos al caos expresarse a sus anchas.
Hasta que una mañana me dé cuenta
de que he abierto los ojos
encima de una cama
y no será la misma en la que cogí el sueño.

Yo no sé qué decirte, el sufrimiento
siempre es un territorio que se recorre a solas
como el tren de juguete, dando vueltas.

Todavía no tengo los años suficientes
para sufrir por cosas
que más tarde serán inaplazables.
Solo quiero habitar

en mundos instantáneos.
Padezco de un rabioso
afán por descubrir vidas inéditas,
por eso soy maestra en el olvido.
Miro más el reloj que el horizonte.
Ahora me da miedo
que el remolino pare, porque tú
hasta cuando eres escueto
estás inmenso.

El cielo no acompaña.
Sigue lloviendo desconsoladamente.
La lluvia dicta versos detrás de las ventanas.

No sé salir del bosque en el que vives.
Cada noche las horas son más hondas.

Ahora que veo tus fotos me doy cuenta:
fuiste siempre una luz en trance de apagarse.

Mis recuerdos
son la materia estéril que construyo
con tu materia yerma.
Soy dueña de una vida
en la que toda realidad es apariencia.

C ON sus distribuidores,
el amor solo extiende estos contratos:
en prácticas, de prueba, temporales
y fijos discontinuos.
Y luego está la opción más extendida:
ser autónoma.

Pagué por un amor que nunca tuvo precio
mientras todo mi cuerpo
se afanaba en fingirlo o ignorarlo.

C ON amor gimnospermo
besé el sexo de Ginsberg
en aquella postal que me enviaste.
Pero fue el otro amor cotiledóneo
quien lloró de rodillas
con la foto de Rudolf Nureyev
desnudo, por Richard Avedon.

Él muerto y tan cercano,
tú tan lejos.

El incendio que al principio alumbra
termina por cegarnos con el humo.

LA soledad incubaba bajo su vientre frío
los huevos recién puestos por una criatura
que no habrá de volver.

Y mientras, nuestro tiempo
se irrita ante toda esta comedia
donde las cosas arden
con una sencillez insoportable.

Todo es provisional en el camino
de quien está buscando su destino
y la verdad es un maniquí roto
que se mira al espejo y se ve entero.

Logré hallar la raíz cuadrada de los sueños
y el resultado fue un número imaginario.

¿En qué he vuelto a fallar?

Ojalá que el producto
de dos experiencias negativas
tuviera como resultado el signo +

LA vida siempre juega con barajas marcadas.

Yo también sé fingir.

Yo sí te quiero.

SE termina el silencio
 y ni siquiera sabes qué decirme.
 Recomienza el silencio
 y no sé qué decirte.
 Tal vez hemos perdido
 el tiempo de perder.
 Tal vez, sencillamente,
 ya estamos siendo parte del silencio.

Cuando las cosas van mal
 se vuelven muy solidarias.

Y O sigo mutilándome.

Disgregando los trozos
en trozos más pequeños
para ver si consigo dar con él.

Encontrar esas larvas
que engordan con mi carne,
y oyéndome a mí misma devorándome
que aprenda yo de él
o me haga tan diversa
que sí me reconozca en los pedazos.

Hay veces que la vida es como un puzle
que una vez terminado se cayó de la mesa.
Palabras turbulentas que se escriben
con los dedos del Párkinson.

ESTÁS aquí, fumando, igual que el primer día.

El humo del cigarro suspendido en el tiempo.

Me sonríes,

pero sé que el recuerdo

solo es la intuición de lo vivido.

A veces una foto posee la elocuencia

de unas llaves perdidas que se encuentran

sin saber qué puertas abren.

La verdad suele ser áspera,

la mentira siempre viene lubricada

porque la única forma de sobrevivir que tiene

es esparcirse en toda circunstancia.

Vertiginosamente

cada fotografía detiene el universo

mientras alrededor la vida está gritando.

CUANDO la vida grita
un tictac reverbera
dentro de un territorio inalcanzable.
Ya te lo había advertido:
los radios de ese círculo
que me unen
desde el centro hasta el borde de tu vida
son agujas que siegan mientras giran.

Qué días tan extraños
hoy me indican que había otro futuro
esperando en la esquina de un silencio
que no supo nombrarnos.

Quieres follar de nuevo, pero el cuerpo
es este despropósito de instantes
que hace que nada sea
más difícil y absurdo que encontrarse.

Nunca estamos más solos que ahora mismo,
sin embargo, la soledad consigue
encontrar la manera de engañarnos.

Cuando la vida grita
solo somos acróbatas
que están continuamente perdiendo el equilibrio.
Cuando la vida grita
somos como dos juguetes
en un almacén de trastos.

EL paraíso nunca dejó de estar en donde estaba.
Somos nosotros los que desde fuera
ya no sabemos mirarlo.

SI pudiera, aunque fuese un momento,
olvidar que aprendí
el significado de todas tus palabras...,
pero aturdida por la constante percusión
de lo que ya se sabe
no te oigo.
Solo escucho este bum bum bum bum
de tus tambores.
No te quiero escuchar.
Solo veo acercarse el bisturí.
Los ojos muy abiertos
nada pueden hacer para escapar.
Estoy clavada al fieltro que tú ensartas.
Como taxidermista
haces perfectamente tu trabajo.

SOMOS dos niños muertos
cogidos de la mano,
animales huidos de un bestiario.
Todo quiere volver
a aquel desequilibrio
que piensa en el mañana
desde su sordomudo alejamiento.

¡Quién pudiera cambiar el curso de la noche!

HOY llegará la noche
 con el cambio de turno de enfermeras
 y el reloj no se conmoverá con tu dolor.
 Percibirás por dentro de tu cuerpo
 un ruido de motores
 y el llanto de un recuerdo que se mueve
 en la ronca aspereza de la sábana.
 Imagino la mano de tu madre
 acariciándote,
 tal vez en tus heridas
 pueda ser un estruendo insoportable.
 La luz ya no te alumbra
 ni señala las cosas en que crees.
 Esquiva tu perímetro.
 Cuando emitan tus labios el último sonido
 ¿quién estará allí para envolverlo?
 Quienes te ven ya no te reconocen.
 ¿De quién son esos pasos que ahora escucho?
 ¿A dónde van que ya no dejan huellas?

Hasta aquí llega el aire que tú expiras.

Desde hoy el dolor
 ya nunca más será provisional.
 A partir de este día lo que bese
 será solo un cebo envenenado.

A veces pido a dios desconocerte.

Le digo que me impida
distinguirte en las fotos
porque veo tu sombra
incluso cuando corres a ocultarte
detrás de los macizos
sin flores de la muerte.

Yo no puedo borrarte,
¿no te acuerdas?
Dejé caer el teléfono en un charco
y cancelé la cuenta de Dropbox.
A ti las nubes nunca te gustaron.
Tú siempre tuviste algo de anfibio,
¿te acuerdas de aquel día en el embalse?

LA vida es una larga cadena de eslabones
hechos de interrogantes oxidados.

La vida solo sabe hacer preguntas,
la muerte solo tiene una respuesta.

Saber que lo importante no se encuentra
en la muerte
ni tampoco al principio de la vida,
y no saber qué es lo que en verdad importa
entre esos dos vértices de nada...

EL CUARTO INSTRUMENTO:
LA PAZ ENTRE DOS TAMBORES

S É que no estás aquí
porque hoy escucho al aire
que está dentro de mí hacer las paces.

AHORA que ya no estás,
solo este pensamiento
da cuenta de la vida en este cuarto.
Y el ruido de las teclas de mi móvil
anotándolo...
Todo lo demás persiste,
 existe,
 resiste,
 como siempre,
para subrayar lo que me falta.

Eres como esas pieles
que dejan las culebras,
una funda vacía
entre unas piedras.

Mi vida tiene una extraña tendencia a repetirse.

VINE al mundo en pecado original.
Amoratada.
A punto de la asfixia.
Enredada con el cordón umbilical
de los recuerdos que habría de tener.
Salí,
pero volví a estar dentro
de otro espacio ocupado.
Volver
fue el castigo más cruel del paraíso.

*La vida gira alrededor
como si nada estuviera en entredicho.*

José Infante

EL cuerpo de la nieve se desangra.

Se vuelve transparente.

Llena el foso.

Pero ni toda el agua del deshielo
devolverá la vida ni a una lágrima.

Al fondo,

bajo la superficie de esta ciénaga
formada por edades derretidas,
averiguo por fin cómo se ensambla
el esqueleto de las sirenas.

Escribo en sus espinas mi teléfono.

Cito a todos los muertos delante de mi casa

y, mientras los observo,

el vaho de mi aliento

se desangra también en los cristales.

Todos los peces llaman desde fuera
de esta fosa común donde nadamos.

Hay que seguir girando alrededor
como si nada estuviera en entredicho.

EL sol graba en mi piel
cada una de tus palabras omitidas.
Va imprimiendo esos gritos
en cada quemadura.
Tradúcemelos tú.
Yo desconozco
de qué lugar proceden tus idiomas
y por qué este dolor de tu silencio
tatúa en mi piel los surcos
que se parecen tanto a tus caricias.

LA vida es una sucesión de estados detenidos
y siempre está completa e incompleta.
Es una realidad inabarcable no por su vastedad,
sino por su irrisoria insuficiencia.
La exquisita escasez no me consuela.

Entre un sustrato y otro de la vida
la conciencia del tiempo es una línea
de limo aprisionado y presionado.

Llenaste con tu esperma
toda mi ilusión perdida.

SÉ que llegará el día en que mis pechos
rezumen soledad.

El hijo no nacido está esperando
esta leche que mana en un desierto
que huele a bronceador.

Los turistas están tomando el sol en las tumbonas
y lo anoto.

Son la única evidencia
tendida como un puente
entre lo que conozco y lo que ignoro.
(Escribo esto).

Se proyecta en la arena
la sombra de los buitres.

Aborrezco esas vidas
que son como un vestido
que se cuelga en su percha
cuando llega la noche.

Las únicas verdades que distingo
están en los abismos del teclado.

L A tristeza es un cuervo
que ha hecho nido en mis ojos.
Mientras incuba solo me deja ver su vientre negro.

Sin embargo, la soledad construye
un paisaje de nieve
bordado en mis entrañas.

La soledad es un fluido viscoso
que escapa por los ojos y se adhiere
a todo lo que miro.

Fuera de mí, todo lo que es mirado se consterna.

La ausencia es una x
en la ecuación del tiempo.

ME convierto en la sed
de esta lengua descalza,
soy eructo de un ave de rapiña.
Soy lo sacrificial
de una memoria en marcha hacia el olvido.
Soy la intermediación
en un mundo intermedio,
forma ajena de un signo que es un préstamo
de otro signo caduco.
Cada instante es origen
de otro presente muerto.
La carne de mi cuerpo se consume
sobre las brasas de la inmediatez.
El índice se ensucia
al señalar los sueños que he tenido.

DEJASTE haciendo túneles a un topo
por dentro de mi cuerpo, vaciándome
en cada montoncito que expulsaba
fuera de mí el sobrante del recuerdo.

Me abandono a mí misma
y engendro dos extrañas
en mi propia existencia.

La ausencia, igual que los programas de mi horno,
viene ajustada de fábrica:
sus desdichas ya están predefinidas.

ESTE es el espacio
que yo ocupo en el mundo:
un cuerpo hueco,
solamente el perímetro
que anduvieron tus ojos
en esa algarabía de soles mutilados.

Y es que en el abandono
aquello que se va hace rehenes.

*P*ASAD, *pasad, despacio,*
hay sitio para todos.
 No. Tú no. Y me lo dice
 sin dar lugar a que lo ponga en duda.
 Seguía llegando gente.
 La cola era continua
 y tuve que bajarme de la acera.
 No. Tú no,
 y escuchaba los roces
 de todo el engranaje de mis huesos,
 el divorcio en las piezas de mi puzle.
 No. Tú no.
 Dos palabras y media
 cómo pueden causar tanto desánimo.

Nunca supe qué había detrás de aquella puerta
 ni a qué se convocaba a tanta gente.
 Pero después de haber pasado tantos años
 aún conservo planchado mi vestido
 en un sueño que no sé dónde acaba.

Sigo viviendo de estas caridades
 que hacen más soportables mis fracasos.
 Los sueños incumplidos
 restallan en el aire como un cable mojado.

H OY la resta se enreda con la suma.

Desierta la ciudad.
 Silencio
 para envolver sus flácidas esquinas.
 Terrazas
 para poder brindar por las ausencias.
 Ventanas
 para hacer aún más tristes nuestros nombres.
 Aleros
 para que no nos mojen nuestras lágrimas.
 Y tejas
 para que anide aquello que olvidamos.
 Soledad
 para sufrir por algo más tangible.
 Y sombras,
 todos sombras,
 expresión del espíritu
 de una línea quebrada
 para que nadie pise nuestras calles.

La ciudad se aproxima a lo anecdótico.
 Metafórica leña, húmeda lumbre,
 lacónicos insectos echan luz por el ano
 para hacer más visible su nocturno cortejo.

Hoy el tiempo limita con su propia apariencia.
 Degradación, desorden, desperdicio...
 Hoy la suma se enreda con la resta.

DE vez en cuando, hay tardes
que me llamo a mí misma.
Cojo el móvil,
marco todos los números del teléfono fijo
y escucho cómo suena.
El timbre se entromete
en todos los rincones de la casa
y sube la escalera y araña los cristales
buscando algún oído.
Yo misma voy abriendo
las puertas y compruebo
que están todos los cuartos ocupados
por soledades viejas.
El teléfono sigue destripando el silencio
y cuando ya no puedo soportarlo
descuelgo... y no oigo nada.
No me respondo. Cuelgo.

Al vacío le gusta hacer experimentos
con los que constatarse.

SE levantó mi casa
el año que nacía Apollinaire.
Sus muros están hechos con las conchas
tristemente vacías de amonites,
nautilus, caracoles...
Es por eso que el tiempo se extravía
y el espacio se curva en los pasillos.
Por eso mis silencios tienen eco.

MIENTRAS la mano corta
las venas adecuadas,
unos dibujos rojos
colorean el negro de mi coño.
Curvas caligrafías adornan la bañera.

El agua está caliente
y yo... quedando fría.

La sangre es una forma de escribir en el agua
y el rojo es el color
con el que toda luz se enorgullece.
También el que mejor explica las derrotas.

Lo que con tanto esfuerzo he construido
se vuelve imaginario e intangible.

Desmorona el silencio
las sobras de mí misma.

ALGUIEN fuera de mí
se empeña en que no duerma,
pero yo me estoy viendo desde dentro
ya casi tan dormida...,
con la misma desgana
y el mismo abatimiento
que en nuestra despedida.

Todo lo que ahora soy
busca su sitio.
Todas las que no fui
encuentran sitio.

El tambor que hay debajo de mi pecho izquierdo
espacia sus latidos.
En mitad del silencio
una cuchilla cae en la bañera.

La sangre escribe un nombre sobre el agua:
Soy Lola Jericó,
un instrumento.

¿QUIÉN ES LOLA JERICO?

Lola Jericó empezó siendo un «Me gusta» en el muro de mi Facebook en el año 2010. Poco a poco los «Me gusta» se fueron transformando en comentarios y enseguida llegaron los mensajes por Messenger. Un día me escribió un privado. Parecía trivial, como tantísimos otros que me escriben, pero había en él algo trascendente, o me lo pareció. Era como una bengala disparada a cientos de kilómetros, alguien que parecía estar pidiendo socorro sin atreverse del todo. Poco a poco fuimos intercambiando mensajes cada vez más frecuentes y más largos. Me fue contando su vida, o lo que ella quiso que yo supiese de lo que fue su vida, o la vida que quiso relatar, tal vez la que inventó, eso no importa, ¿o sí? Los intercambios por Messenger se hicieron cada vez más personales, también más estremecedores. Un día me confesó que le hubiese gustado tener la capacidad de escribir su propia vida. No sé quién es Lola Jericó, no sé si existe, jamás escuché su voz ni vi su cara. No había en Facebook ninguna foto suya, la única que tuvo en su perfil fue un extraño gato que daba bastante grima. La información decía que vivía en Burgos, como el resto de cosas, tampoco sé si era cierto.

Lola Jericó, se desvaneció igual que apareció. Un buen día (o mal día), en ese maremágnum que es el Facebook, eché de menos sus habituales comentarios. Escribí su nombre en

el buscador, pero no conseguí encontrarla; o había borrado su perfil o me había bloqueado. Jamás volví a saber de ella. Algunos de sus mensajes aludían a la posibilidad del suicidio, pero la vida que siempre dejó entrever (nunca fue explícita) era tan tremenda que todo parecía natural dentro de su discurso entrecortado, incluso el propio suicidio. Pasado el tiempo, una noche me puse a escribir un texto sobre las desapariciones y la condición evanescente de la vida y me asaltó de inmediato el recuerdo, la historia fragmentada de Lola Jericó. Fue ahí cuando pensé que tal vez le debiese un homenaje. Aquella bengala que lanzó en 2010 volvió a brillar en mi noche. Ahí empezó a vivir dentro de mí la Lola Jericó que hay en el libro.

Para que Lola pudiese vivir sobre un papel tenía que desprenderme de mi habitual estilo y mi retórica. Lola requería una voz que no fuese la mía. Lola era contundente, precisa, sin ambages, y no encontraba un registro adecuado para ella dentro del variado catálogo que ya había ensayado con mis otras obras. Ese fue el mayor temor: desfigurarla a base de retórica.

Si algo me produjo íntima satisfacción al recibir este premio fue la contundencia con la que el jurado afirmó estar ante el libro de una mujer. La voz adoptada, la voz de Lola, ha resultado creíble. Pero, al mismo tiempo, me ha hecho reflexionar sobre este aspecto. Me hace dudar de hasta qué punto puede hablarse de una escritura que establece diferencias en función de los sexos que la practiquen; diferencias que no sé si deben de ir más allá de la asunción de la voz poética confesional del personaje concebida por su autor, sea este femenino o

masculino. Es obvio que en la historia de la literatura el rol de la mujer obedeció a los cánones masculinos del momento, pero yo me pregunto qué es lo que hace distinta la creación artística de un hombre respecto de una mujer en la sociedad actual. Creo más en la diversidad de visiones que los seres humanos tienen sobre el mundo en el que viven, que en la posibilidad de que haya un sesgo distintivo ligado a lo que cada cual tenga entre las piernas. Me resulta más fácil asumir la heterogeneidad que se da en cada individuo (obviamente entendida en el momento socio-histórico en el que se produce) que la homogeneización y colectivización por la pertenencia a un sexo.

Borges sostiene que la poesía es una experiencia estética, una presencia que se siente con todo el cuerpo. La poesía es pues una experiencia concreta, no un concepto, así como lo son, nos dice Borges, «el sabor del café, el color rojo o amarillo o el significado de la ira, el amor, el odio, el amanecer, el atardecer [...]». De ahí lo inconveniente que es definir de manera abstracta las cosas en poesía. Borges, para identificarla –y para incidir en su idea de «eficacia»– se atiene a un objetivo: alcanzar el «sentimiento». Una «eficacia» que está obligada a sugerir, mediante las palabras expresadas por el poeta, las circunstancias esenciales e íntimas de aquello que se intenta convertir en experiencia estética. Y añade: «El hecho estético es algo tan evidente, tan inmediato, tan indefinible como el amor, el sabor de la fruta o el agua. Sentimos la poesía como sentimos la cercanía de una mujer, o como sentimos una montaña o una bahía. Si la sentimos inmediatamente, ¿a qué diluirla en otras palabras, que sin duda serán más débiles que nuestros sentimientos?». Sentimientos..., qué poco ayuda esto.

¿Pero en verdad es posible esto que dice Borges? Blanchot, con el que yo me siento más de acuerdo, dice que las palabras, al tener la iniciativa, no sirven para designar algo ni para expresar a nadie, tienen su fin en sí mismas. «No es el poeta quien habla, sino que el lenguaje se habla. Así el poeta hace obra de puro lenguaje, y el lenguaje en esta obra es retorno a su esencia. Crea un objeto de lenguaje». Crear..., el poeta como hacedor de realidades, el constructor a fuerza de palabras, el que engendra a las propias palabras con un nuevo sentido. ¿Seguro? Esa es otra de las facetas de su magia (magia como ilusión y no como ocultismo), nos obliga a explorar las posibilidades de esa fragmentación lenguaje/idea, pues la multiplicidad referencial con la que el autor trabaja su lenguaje poético se vuelve a insertar en el lector en función del contexto en el que este la entienda. Le hace enfrentarse a ese eco extrañísimo que persiste en lo dicho, pero lo hace resonar en otra cueva, la cueva del lector. La poesía ocurre en ambos lados. Y si esto no ocurre, si el lector no coopera, la poesía se va por el desagüe o se queda pegada como tinta que es sobre la página. Como tampoco existen «el amor» ni «el dolor», sustantivos igual de acumulativos que los otros. El dolor como concepto existe porque hemos aprendido dónde está y cómo duele: como un dolor de muelas o un cólico nefrítico, como la muerte de ese ser que amamos, como una despedida obligatoria. Verán que no es lo mismo y, sin embargo, lo llamamos igual. Y a pesar del escasísimo catálogo de emociones que posee el ser humano, no hay dolor que sea idéntico ni exportable a otra persona; por eso aborrezco esa estúpida frase: «yo sé cómo te sientes». Y para saber esto ni siquiera es necesario haber leído *El espacio literario* de Blanchot, en donde dice: «La literatura objetiva el dolor constituyéndolo en objeto. No lo expresa, lo hace existir en otro mundo, Un

objeto así no es una imitación: se constituye para presentar el dolor, no para representarlo». Si bien Borges pensaba que el pecado original de lo literario está en que sus estructuras de palabras corren el riesgo de no expresar aquello que refieren, yo, muy al contrario, creo que es precisamente esta semántica polivalente la que da sentido a lo poético. Si sustituimos la palabra «dolor» por cualquier otra, tendremos la medida de esto que se está diciendo. Tal vez sea el momento de preguntarnos ¿quién es Lola Jerico? y qué parte de cada uno de nosotros ha creado en su lectura su propia Lola Jericó.

Cae Borges, para mí, en otro contrasentido cuando afirma que ese «lenguaje vivo es el que inyecta la fuerza de lo concreto a la construcción poética, y se puede sentir en la lectura gracias a que las palabras son símbolos de recuerdos compartidos». ¡Recuerdos compartidos? ¿Hay algo más diverso que un recuerdo incluso en todos los que han sido sujetos en el acto que luego se recuerda? Se esté o no de acuerdo con lo dicho por Borges (yo tengo mis reservas), tanto sus palabras como las de Blanchot, están íntimamente ligadas al recuerdo. Recordar es como rehabilitar un edificio. Los materiales viejos se juntan con otros nuevos que intentan restituir el aspecto de lo que se ha perdido. Digo «restituir» y no es correcto. Recordar solo es un intento de reconstruir, pero reconstruir también tiene mucho de re-crear, es decir, inventar. Al final corremos el peligro de encontrarnos ante la paradoja del barco de Teseo. A la postre nos hallamos de nuevo ante Blanchot. Lola Jericó no es más que el producto de una larga fase de re-construcciones, de re-creaciones, de invenciones en el sentido que hasta aquí se ha ido expresando y que culminará en la re-interpretación de cada uno de sus lectores.

Cada vez que intenté obtener más información sobre su vida «real», Lola respondía con evasivas: «¿Qué importa o qué añade a lo que tú piensas de mí el sitio donde nací o la edad que tengo? ¿No resulta mucho más interesante saber lo que deseo? Lo que soy es visible para el resto, pero en lo que quiero ser vive el misterio. La vida real es la que menos importa porque suele ser la única que no queremos vivir». En el siguiente mensaje que cruzamos me contó con total detalle el lugar donde le gustaría morir.

Hace unos ocho años hice un viaje hasta allí. La descripción que había hecho tanto de la casa como del paisaje era desazonadoramente exacta. Se trata de una casa abandonada hace muchísimos años. Es la última de un pueblecito de cuarenta habitantes situado en el extremo sur de la Sierra de Híjar: Olea. Casi enfrente está la ermita románica de San Miguel, del siglo XII, como un símbolo, igual que una advertencia de que hemos entrado en otro tiempo. A la finca se accede por un portalón de madera. Sobre el dintel hay un antiguo escudo de armas. Nada más traspasarlo nos encontramos en un gran patio de tierra formado por tres líneas de edificaciones que forman una «u», una de ellas porticada y sostenida por viejísimas columnas de piedra circular. Hacia el sur, el patio está abierto a una llanura desde la que se ve a lo lejos, mirando hacia el sureste, la imponente torre medieval de San Martín de Hoyos, aislada, perfectamente rectangular y sola. Lola es aquel silencio sin medida, aquella inmensa soledad que tiene únicamente dos sentidos: o mata o cura.

Olea está flanqueada por la parte norte por las estribaciones de la sierra. Una enorme ladera totalmente cubierta por un

espeso robledal. Al atardecer, sobre todo en verano, una inmensa lengua de niebla espesísima que no puede cortarse ni con una guadaña baja por el bosque cubriendo absolutamente todo, perfectamente nítida en sus bordes, sin mezclarse con nada, como una aparición extraterrestre que vuelve todo invisible. Si se olvidan abiertas las ventanas, la cama queda empapada; si no se retira la ropa del tendedero parece recién sacada del agua.

Me imagino allí a Lola, al atardecer de algún verano, sentada mirando al sur en aquel patio, en silencio, comida por la niebla, mirando hacia la nada.

Quizá sea el momento de responder a la pregunta que da título a estas notas: ¿Quién es Lola Jericó? Lola es la niebla.

AGRADECIMIENTOS

A José Luis Nieto Aranda, que ha sido el máximo impulsor de este libro. Sin su empuje *Lola Jericó* aún seguiría durmiendo en las tripas de algún ordenador.

A Mariano Garrosa, Mirian Fernández Álvarez y José Luis Torrego, que han contribuido a que este libro se lea un poco mejor.

Índice

EL PRIMER INSTRUMENTO

Soy Lola Jericó	13
Siempre he sido una sombra	14
El abandono	15
Brutalidad.....	16
Besos de carnicero	17
El orinal.....	18
La armadura hueca.....	21
Catálogo de infartos	22
A veces tengo sueños que se cumplen	23
Lo soñado	24
Los espejos	25
Todo cristal ansía	26
Los algoritmos	27
Florece el abandono	28
Una muñeca enferma	29
A veces me veo a mí misma.....	30
Buey desollado.....	31
Ni siquiera soy dueña.....	32
Los nudos.....	33
Estudio cómo hallar esa materia	34
Una chiquilla sueña.....	35

EL SEGUNDO INSTRUMENTO

Yo soy esa persona.....	39
La dualidad.....	40
Soy yo	41
El ladrón.....	42

Aléjate de mí	42
Alguien dentro de mí	43
No os reconozco.....	44
El fisioterapeuta	45
Hoy partí el cráneo al tiempo.....	46

EL TERCER INSTRUMENTO

La belleza	51
Tu chulita	52
Traté de inaugurar sobre su cuerpo	54
El acuífero	55
Calor.....	56
Somos espacio y tiempo.....	57
Me gustaría robar el corazón.....	58
Sus manos	59
Matas por omisión.....	60
La existencia se oculta	61
Mudo de piel	62
Mientras nos alejamos.....	63
En los ojos del pájaro.....	64
El cero de las multiplicaciones	65
Ahora, que has terminado de correrte	66
La lluvia	67
Cae o cayó, la lluvia.....	68
No decidas por mí	69
Me has atado las manos	70
Aspira a lo solemne.....	71
Lo que ocurre en los bordes	72
Nuestro tiempo gotea	73

Tu luz	74
No sé si somos dos.....	75
El amor es un regalo	76
El amor y sus distribuidores.....	79
El sexo de Rudolf Nureyev	80
La soledad	81
Yo también sé fingir	82
Se termina el silencio	82
Yo sigo mutilándome	83
Estás aquí	84
Cuando la vida grita	85
El paraíso	87
Si pudiera	88
Somos dos niños muertos.....	89
Hoy llegará la noche	90
A veces pido a dios	91
La vida	92

EL CUARTO INSTRUMENTO

Sé que no estás aquí.....	95
Ahora que ya no estás	96
Pecado original.....	97
El cuerpo de la nieve.....	98
El sol graba en mi piel	99
La vida es una sucesión de estados	100
Llegará el día.....	101
La tristeza es un cuervo.....	102
La sed	103
El topo.....	104

El espacio	105
Pasad, pasad	106
Sumas y restas	107
Desierta la ciudad.....	107
De vez en cuando	108
Mi casa	109
Mientras la mano corta.....	110
Alguien fuera de mí	111
¿QUIÉN ES LOLA JERICÓ.....	112
AGRADECIMIENTOS	118

Colofón

(El día 12 de abril de 2022 se reunió la Comisión Lectora que, tras leer los libros presentados al “Premio Hispanoamericano de Poesía Juan Ramón Jiménez”, en su XLII edición, decidió seleccionar 19 candidatos a obtener el amparo literario de J.R.J.

El miércoles 20 de abril se reunió el Jurado presidido por José Juan Díaz Trillo y compuesto, además, por Isabel Pérez Montalbán, José Antonio Mazzotti y Félix Sáncha Soria, que decidió otorgar el “XLII Premio Hispanoamericano de Poesía Juan Ramón Jiménez” al libro titulado Soy Lola Jericó, cuyo autor resultó ser Alejandro Céspedes Díaz-Gutiérrez).

conocimiento y melancolía



A
ca
bose
de impri-
mir el día
21 de mayo
de 2022, siendo
Presidenta de la
Diputación de Huelva
María Eugenia Limón Bayo



(Corvo el alto,
sin aceleración
y sin descenso...
Goethe)

Colección de Poesía J.R.J.
(2ª Época)
12



Colección de Poesía J.R.J.
(2ª Época)

1. *Antología Poética*
Juan Ramón Jiménez
2. *Cariátides (2001—2005)*
Iván Cabrera Cartaya
(Premio J.R.J. 2007)
3. *Esta Frágil Cadencia*
José Agudo
(Premio J.R.J. 2008)
4. *Epitafio*
Yannis Ritsos
5. *Otros Exilios*
Francisco Ruiz Noguera
(Premio J.R.J. 2010)
6. *Fundido en Blanco*
Luis Martínez-Falero
(Premio J.R.J. 2011)
7. *Minero de Estrellas y otros poemas*
José María Morón
8. *Las Horas Muertas*
Antonio Arroyo Silva
(Premio J.R.J. 2018)
9. *La Destrucción del Cielo*
Manuel Jurado López
(Premio J.R.J. 2019)
10. *Nadie, Salvo el Mundo*
Margarito Cuéllar
(Premio J.R.J. 2020)
11. *Los apuntes de Humboldt*
Daniel Montoya
(Premio J.R.J. 2021)
12. *Soy Lola Jericó*
Alejandro Céspedes
(Premio J.R.J. 2022)

ALEJANDRO CÉSPEDES
(Gijón, diciembre de 1958) tiene 14 libros publicados y varias plaquettes. Ha obtenido a lo largo de su dilatadísima trayectoria algunos de los premios literarios más prestigiosos. Le ha sido concedido en dos ocasiones el Premio de la Crítica de Asturias y varios de sus libros han sido seleccionados entre los 5 mejores del año por El País, El Mundo, El Español y la Revista El Ciervo. Reconocido vídeo-poeta, su obra audiovisual ha sido proyectada en los más importantes festivales internacionales. Su obra literaria ha sido recogida y estudiada en numerosas antologías y ensayos literarios en España, Reino Unido, Chile y varias universidades de EE.UU. (Texas, Cleveland, New York). Desde 2008 desarrolla un importante trabajo en el ámbito de la poesía escénica y el vídeo-espectáculo, sus obras han sido representadas en muchos de los espacios escénicos más importantes de España. Ha sido crítico literario en el diario El Mundo, La Cultura de Madrid, La Cadena Ser y el Círculo de Bellas Artes de Madrid, donde dirigió el programa Definición de Savia, actualmente es colaborador de la revista digital Zenda Libros. Sus más recientes publicaciones son *Cazadores de icebergs* (Salto de Página, 2022), *La infección de lo humano* (2021) y *El Aliento del klai* (2020), ambos en Huerfana & Fierro-Rayos Azul. Es editor de la obra poética completa de Luis Sepúlveda que muy próximamente se publicará en Grecia, Italia, Portugal y España. TODO SOBRE ESTE AUTOR EN: www.alejandrocspedes.com